

# FUIMOS AL TEATRO

Por  
A. R.

## BUFONERIA 39

## ANFITRION

Comedia en dos partes de Plauto, en libre adaptación de Cesare Vico Lodovici. Dirección de Enrico M. Salerno. Escenografía y trajes de Emanuele Luzzati. Música de Fernando Mainardi. Elenco del Teatro Estable de la Ciudad de Génova en el Solís.

La comedia plautina es uno de los pocos textos de la literatura dramática latina que ha sobrevivido al tiempo, condicionada a las adaptaciones que han forzado su estructura humorística. Giraudoux numeraba caprichosamente su adaptación de Anfitrión considerándola la trigésimo octava, y no incluía ésta que vimos ayer. Entre la de Giraudoux y la de Vico Lodovici hay la distancia que va de un sutil comediógrafo a un adaptador hábil y de trazo grueso. El italiano transformó la comedia en una bufonería de sabor popular y hasta campesino muy marcado, con una tipificación casi grotesca, sustituyendo lo que el original tiene de juego verbal por un efectismo de situaciones expuestas de modo directo y violentamente contrastado. No vacila en llegar al efecto vulgar ni en recurrir al chiste casi procaz, y todo ello puede funcionar mientras duran los equívocos, pero resulta contraproducente en el resto de la obra. Quizás la decadencia romana haya entendido así a Plauto, pero una adaptación de esa índole resulta hoy poco justificada. Basta cotejarla con la que hizo Giraudoux.

Salerno como director acusó estos rasgos de la adaptación con que trabajaba, y buscó los efectos de la comicidad por la payasada circense, con golpes, mojigangas, tropiezos y equivocaciones. Tuvo momentos felices, particularmente en el enfrentamiento de Sosías y Mercurio, pero los trucos se gastan pronto, a pesar de la brevedad del texto, y su uso termina fatigando.

Buena parte de la fluencia humorística de la comedia dependió del trabajo de Renzo Palmer, que compuso un delicioso Sosías, un tonto razonador, temeroso y ensoberbecido, que en máscara, en gestos y en entonación fue siempre oportuno, ágil e intencionado. Junto a él el Mercurio de Osvaldo Ruggieri fue una pálida imitación en que lo divino entorpeció lo simplemente humano. Los demás cumplieron una labor correcta y apagada.

La escenografía y los trajes no estuvieron en el tono burlesco de la puesta en escena, la iluminación fue decididamente pobre, y la música pareció de todos menos de Mainardi que la firmada.